

Revista
Latino-americana de

Geografia e Gênero

Volume 12, número 1 (2021)
ISSN: 2177-2886

Diálogo
Movimentos
Sociais

Soy un Hombre Transexual*

*Eu sou um Homem Transexual**

*I am a Transsexual Man**

Romi Rodriguez Merino
Asociación CreA - Chile
rmrodriguezmerino@gmail.com

Como citar este artigo:
MERINO, Romi Rodriguez. Soy un Hombre
Transexual*. **Revista Latino Americana de
Geografía e Género**, v. 12, n. 1, p. 368-379, 2021.
ISSN 2177-2886.

Disponível em:
<http://www.revistas2.uepg.br/index.php/rlagg>

Soy un Hombre Transexual*

*Eu sou um Homem Transexual**

*I am a Transsexual Man**

Antesala

Agradeciendo la invitación a escribir este relato, con la intención de escuchar las voces de hombres trans, me uno no sin algunos dilemas que espero me sepan perdonar quienes se aventuren en este escrito. Soy un hombre transexual* mi formación académica inicial es la Antropología Social, pero me reconozco más fácilmente como educador popular. El tema de mi memoria de grado fue “Transexualidad Masculina: vivencias de la disforia de género” la cual fue aprobada el año 2017. Este fue mi primer dilema ¿qué presentar en esta convocatoria: un artículo o un relato? En esta encrucijada me encontré con un texto hermoso “Epistemologías transfeministas e identidad de género en la infancia: del esencialismo al sujeto del saber” (GUERRERO; MUÑOZ, 2018). Artículo que da cuenta del lugar preponderante del testimonio, como lugar de enunciación legítimo y de resistencia ante quienes imponen a nuestro cuerpo sus gramáticas del poder, una forma de escribir y de decir con ínfulas de verdad científica. Estas páginas describieron en profundidad pensamientos que en mi memoria fueron enunciados de manera sencilla, entre ellos justamente el valor de nuestro relato.

En mi investigación tuve la oportunidad de escribir cuatro relatos de vida de transexuales masculinos jóvenes que residían en Santiago de Chile, cuyas edades fluctuaban entre los 20 y 27 años. Mi objetivo principal era dar cuenta de las vivencias múltiples y heterogéneas de habitar un cuerpo transexual masculino, por lo cual dos de las personas que entrevisté habían pasado por la vía médico-legal del cambio de sexo, y dos que habían recorrido otras vías de identificación. En primera instancia quise trabajar en torno a esas voces que me habían acompañado y traerlas a dialogar con lecturas presentes, sin embargo, tras el encuentro con el artículo mencionado, sentí el ímpetu de decir desde la autoridad epistémica de la primera persona, contar abiertamente mi relato de sobrevivencia. Este último punto compone mi segundo dilema, haciendo alusión al llamado, no sé si encontrarán aquí el espacio y territorio tan remarcado en la invitación. Aun así, con humildad quiero dar cuenta de mi vivencia en esta región, exponiendo hitos biográficos con el anhelo de que puedan llegar a resonar en otros que actualmente se encuentran en silencio.

Las hebras que componen este texto han sido escogidas dejando un gran espacio oscuro para futuras arpilleras que complejicen esta breve narración. Las ideas principales que abordo son en primer lugar el concepto de transexualidad masculina* como palabra que pone en relieve la experiencia infantil. En segundo lugar, realizo una lectura de dos espacios infantiles que configuran las posibilidades de identificación: la familia y la escuela, diálogo donde voy dando cuenta de las tensiones entre la gramática del género binario y la gramática de la fantasía, donde se negocian las posibilidades del deseo y de la vida. En el tercer apartado describo parte de lo que fue una de las etapas más críticas en mi autoaceptación, y cómo las

Romi Rodríguez Merino



movilizaciones sociales, la educación universitaria y el encuentro con la diversidad enmarcan el paso de la depresión suicida a la sobrevivencia empoderada y activista. Finalmente, a modo de corolario, enumero algunos hitos biográficos y su correspondencia con lecturas diferenciadas de la masculinidad, la potencialidad del cambio y la necesidad de una lucha organizada desde diferentes frentes en pro de nuestros Derechos Humanos.

La monarquía del sexo y la situación de transexualidad* en Chile

Después de la amplia lucha que han llevado a cabo compañeres trans* desde diferentes frentes, retomar el concepto “transexualidad” o “disforia de género” me provoca contradicción y molestia, ¿puede este concepto de origen biomédico dar cabida a mi experiencia? La respuesta es una clara negación, sin embargo, en su núcleo de sentido asiste a un llanto primigenio, que “desde que tengo memoria” me identifica. Un dolor prístino que remite a la vivencia infantil de una experiencia impronunciable, la negación de ser mujer, y la imposibilidad en la narrativa adulta, de que yo, pudiera ser un hombre. La lógica era sencilla: las mujeres tienen vagina y los hombres pene; yo tengo vagina, no hay posibilidad de error. La negación de ser mujer es la negación de un lugar dentro de las posibilidades de identificarse como un ser humano: si no soy hombre, ni mujer, entonces "soy nada" ¿cuántas personas crecen pensando que son "nada"? ¿cuántas personas crecen ocultando su "no-ser"? Esta experiencia infantil abyecta no es compartida por la diversidad de personas trans* y yo que habité esa "nada" por alrededor de 20 años, no puedo permitir que se invisibilice. Miro hacia atrás y abrazo a ese niño que fui, consuelo sus lágrimas, y curo sus heridas auto infringidas desde los 6 años, los cortes, los mordiscos, los rasguños, le doy el oxígeno a esa respiración aguantada entre almohadas, y le entrego mi vida a su falta de amor, cada vez que doy mi testimonio con la esperanza de que esto no se repita. Soy un sobreviviente de la infancia transexual y mi consuelo es decirlo, y mi justicia es la lucha por la expansión social de nuestras diversidades, de todes quienes hemos sido negades de un espacio dentro de lo humano.

El concepto "transexual" define para mí el malestar social ante el ordenamiento binario de los cuerpos, que se registra desde la infancia y es previo a la palabra. Pero puede suceder que en su utilización descontextualizada se dé por entendido que mi testimonio da contingencia a esa referencia absurda de la transexualidad como un: “nacer en el cuerpo equivocado”. ¿Cómo se puede nacer en un cuerpo equivocado? ¿Por qué alguien consideraría su cuerpo equivocado? Esta opresión que atraviesa mi cuerpo se alinea en el margen de lo humano y se va acuerpando con la raza negra, los rasgos indígenas, los cuerpos en situación de discapacidad ¿afirmaremos acaso que son cuerpos equivocados porque nacieron en una sociedad racista, colonialista y capacitista?

Tal como lo presenta Tjaša Kancler (2016) en el concepto trans* “el asterisco pone en énfasis la heterogeneidad de los cuerpos, las prácticas políticas y las experiencias en relación con el prefijo «trans»” (s/p). Mi transexualidad* hereda ese asterisco que tanta lucha nos ha significado, como una marca activista necesaria para revelar mi infancia sin perder de vista dicha

heterogeneidad en las vivencias de otros transexuales*, la interseccionalidad de las opresiones y lo sublime de nuestra sobrevivencia.

Soy Romi Rodríguez Merino, transexual Masculino*, tengo 29 años y vivo en Santiago de Chile, nací en un hospital público conocido como “El Parroquial de San Bernardo”, mi nombre legal es Romina Melany Rodríguez Merino, y mi sexo legal: mujer. Nombre y sexo legal que mantengo hasta la actualidad porque considero que socialmente habitar los espacios dispuestos para las mujeres aumentan mis posibilidades de vida, entre ellas me siento menos propenso al castigo social por la transgresión del orden binario naturalizado y a las posibles violencias correccionales que pudiera sortear en el baño público, salas de hospitales o los centros carcelarios destinados a los hombres, por dar algunos ejemplos¹.

Nací con escoliosis de grado medio, por lo que desde los 12 a los 14 años usé corsé para enderezar mi columna, sus efectos fueron dolor, unas cuantas burlas y alergia. Por este motivo, la sugerencia de una operación total de mi columna fue para mí una opción esperanzadora, pero terminó siendo la inversión familiar horrorosa. Lo que era una pequeña desviación y un dolor menor después de un par de horas de ejercicio, desde esas 8 horas de operación se transformó en un dolor crónico, en una cicatriz que atraviesa toda mi espalda, y en una columna sin flexibilidad, recta con dos vigas de titanio y 24 tornillos. El dolor me recuerda la precariedad de la respuesta quirúrgica ante mis necesidades, y la poca confianza que tengo en la medicina occidental. Esta experiencia me distanció de concebir la vía médico legal como una posibilidad de cambio.

Mi madre es profesora de historia y geografía, mi padre fue militar mecánico, su casamiento ocurrió hacia finales de la dictadura de Pinochet, mi nacimiento el segundo año en que Chile regresó a una supuesta democracia, transición política que se arrastra hasta el presente. En esta región se extendió hasta 1999 la penalización de la “sodomía” modificando el artículo 365 del Código Penal chileno, creado en 1875, que sancionaba las relaciones sexuales entre hombres con penas de presidio menor en su grado medio, es decir, un rango entre los 541 días y los 3 años de presidio. Los datos expuestos dan cuenta de un rasgo característico de las políticas nacionales, su extrema lentitud ante los cambios sociales. Por lo cual no es de extrañar que la Ley de Identidad de Género comenzara a regir hace apenas 2 años, la Ley 21.120 que reconoce y da protección al derecho y a la identidad de género de les trans* adultes. Me reconozco como hijo de un encuentro transicional histórico que ha perpetuado políticas dictatoriales afirmadas en una Constitución pinochetista, que ha ralentizado la protección legal de los Derechos Humanos de las personas LGTBITT*+. Hijo de la violencia militar justificada por un nacionalismo neoliberal, y de la búsqueda histórica de la “reparación” y la

1 Destaco en este punto que, si bien en Chile hay una Ley de Identidad de género y una serie de protocolos con especificidades para ser aplicados en colegios, centros médicos, entre otros, aún existe una importante brecha entre lo dispuesto legalmente y la puesta en práctica de dichos protocolos. Un ejemplo de esto es que recién el año 2020 se respetó el sexo legal de una mujer trans al momento de ser encarcelada. Por otra parte, transparente que en mi experiencia el temor a la cárcel no responde a un hecho arbitrario, actualmente en el país hay más de dos mil personas presas políticas de la Revuelta Social que comenzó en octubre del año 2019.

verdad, ante la tortura y la desaparición de los cuerpos, cuerpos en situación de exterminio ¿diremos que fueron cuerpos equivocados?

Reparo en esta cuestión histórica de manera más o menos enrevesada porque creo que esta transición implica que el pasado está presente y nos obliga a observarnos en un tiempo no lineal cuando comprendemos la vulneración social de la población en Chile, y la situación de ocultamiento y exterminio que ha sido el *modus operandi* del poder y su forma de legislar. Vivo en una región donde hay cuerpos que no importan, “cuerpos para odiar” como expone la poeta nacional y activista travesti Claudia Rodríguez. La violencia se ha exacerbado a medida que se han profundizado las brechas sociales entre quienes son dueños de todo (sin una supuesta marca de género neutra), expongo “dueños” porque son hombres ricos, y quienes trabajan por un salario indigno sumergiéndose año a año en peores condiciones de pobreza y endeudamiento. Esto nos condujo a una Revuelta Social que se desata desde octubre del año 2019 durante el mandato del gobierno de Sebastián Piñera, movilización social desarmada de parte del pueblo que fue respondida con represión, violaciones, cárcel y amputación ocular, violencia sexo-política que fue portada en diarios internacionales. La pandemia bajo el mismo gobierno de derecha que humilló y persiguió a su población, el 30 de junio del año 2020, nos posicionaba como el primer país con más casos confirmados por millón de habitantes². Desde aquí hablo.

Tras lo expuesto, profundizo en el enunciado “en situación de transexualidad” como símil de la “situación de discapacidad”. Este último concepto pone en evidencia las barreras de exclusión que impiden las oportunidades de desarrollo de una persona con discapacidad, existiendo barreras que generan una “situación discapacitante” (Charpientier & Aboiron, 2000). En este sentido, afirmo que la disforia de género no reside en mi ser individual sino más bien en una sociedad construida de forma binaria. Deconstruyendo la matriz heteronormativa, el estigma transexual desaparecería, por eso escribo este testimonio de forma situada, contextual a un momento sociocultural particular, que nos somete a una “austera monarquía del sexo” (Foucault, 1987, p. 95).

De la abyección a la gramática de la fantasía

La gramática del género binario marcó mi límite de lo inteligible ante los discursos normativos, la lectura de un cuerpo que no admitía dudas y, sin embargo, era ajeno a mi deseo de habitar el género masculino, el límite que demarcaba las posibilidades de ser y existir mi infancia. Tal como expresé en el apartado anterior, leer tempranamente al hombre y mujer de la heteronorma fue asumir a corta edad que no había un lugar para mí en el mundo, que yo era lo-otro, un ser imposible, un no-mujer inconfesable.

Pero también había otra gramática, la gramática de la fantasía³ donde fui

2 “COVID-19 Cases per Million Inhabitants: A Comparison” (Armstrong, 01 de julio de 2020).

3 Concepto acuñado por Gianni Rodari en su obra Gramática de la fantasía: introducción al arte de contar historias.

perfilando con otras reglas un lugar íntimo más próximo a esa identidad, no dictada por mi sexo, donde mi pelo era corto y mi ropa una representación sencilla de la masculinidad infantil. Una fantasía cuyo sentido debía ser demostrado ante otros en el espacio público del juego, defender la invasión de un campo negado, para lo cual no bastaba con correr detrás de una pelota, ni subir los árboles, la demostración implicaba ser “siempre un poco más”, ágil, osado y fuerte. La agilidad con la pelota, el puño endurecido y la lágrima tragada, ser en definitiva “más hombre que los hombres”. Pero esta gramática fantástica era frágil ante el juicio adulto, especialmente frente a una madre que en el espacio doméstico y familiar se esforzaba en limitar y corregir la desviación del género, reforzando positivamente cada expresión femenina. Las correcciones eran emitidas también por familiares que endurecían la mirada y me avergonzaban con su “compórtate como señorita”. No fui señorita, pero fui obediente y me omití. No soy capaz de retratar en palabras el dolor profundo de aquel silencio, cómo horadaba mi existencia esa perplejidad entre lo evidente de ser mujer y la lejanía que experimentaba ante tal imposición. No tenía más de seis años cuando asumí que la soledad y el silencio era la condena ante un error celestial al momento de asignarle un nombre a mi cuerpo. Como los “hombres no lloran” la angustia se expresó en rabia, y la rabia en cortes, mordiscos, puñetazos, y una culpa que fue sublimada en excelencia académica.

Desde la matriz heteronormada de mi cultura, todo hombre coherentemente masculino se siente atraído por las mujeres, relación dialógica que configura al hombre como ser atractivo para ellas. Este acercamiento exploratorio erótico-sensible devino en vergüenza y culpa. Contadas situaciones que fueron profundizando mi sentimiento de injusticia, breve vida agria que me impedía querer y gustar libre y legítimamente a las mujeres.

Esta tensión entre el sexo y sexualidad determinadas y el deseo genuino fue perfilando el reconocimiento de un espacio exterior donde habitar consciente y performativamente las normas establecidas del género binario, y un interior íntimo y genuino donde resistir la “verdadera identidad”. Por mi negación a cualquier tipo de peinado mi madre cortaba continuamente mi pelo hasta los hombros “corte pelela” lo llamaban de manera burlesca. Parte de mi ropa solía ser heredada de un hermano un año mayor que crecía rápido, a estas variables se unía mi voz, un tanto ronca, cuestión que me hacía fácil víctima de la curiosidad de otros niños ¿tú eres hombre o mujer? Reparo en esto porque mi respuesta fue siempre “mujer”, palabra que articulaba con vergüenza ante una duda que revelaba mi mala actuación, dando luces de un secreto que debía saber guardar. Cabe recordar que estos episodios transcurren en los años 90 cuando aún ser homosexual en Chile era castigado con presidio, contexto legal que respaldaba una serie de actos homofóbicos que entregan luces claras -incluso para la infancia- sobre las represalias sociales de la “desviación”.

Pensando en el castigo como fuerza que moldea la materialidad sensible del cuerpo, retorno al padre militar, el error se amenazaba una vez y la segunda se golpeaba, la tercera era encierro y correazos, que culminaban en una ida al baño donde lavaba mi rostro y ordenaba el cese del llanto⁴. Como comprendí

4 Preciso que estos golpes respondían a ámbitos de índole doméstico, principalmente los juegos violentos con mi hermano y mi rechazo ante algunas comidas.

el mensaje estos fueron episodios aislados que hoy puedo mirar con tristeza ante el niño maltratado y con perdón al hombre militar de origen campesino formado en dictadura, cuestión que transparento implicó alrededor de 5 años de terapia. Me detengo en esto porque no sólo hay sentimientos de confusión y vergüenza, hay miedo a “ser reparado” al juicio moral y físico. Violencia que también se manifiesta en el mundo adulto de la escuela, la profesora que acompañó mi aprendizaje de los 7 a los 11 años tenía un historial de demandas por vejar y golpear a sus estudiantes, agujeros profesionales que ocultaba con resultados concretos, niños que aprendían a leer antes, que hacían sus tareas y tenían buen comportamiento. Como mi madre era su colega y yo sabía seguir órdenes, “sólo” fui víctima de maltrato psicológico, el miedo fue mi entorno de aprendizaje, y desde ahí supe que podía sobrevivir, siendo unA buenA hijA y unA estudiante destacadA.

En la ilusión interior persistía la fantasía de que la niña no se convirtiera en mujer, anhelando que en mi cuerpo no se manifestaran los caracteres secundarios, pequeña esperanza frustrada. Los senos crecieron sin mucha prominencia, por lo que no significaron gran malestar para mí. Había escuchado sobre mujeres que no menstruaban y ese pasó a ser un deseo insomne, que me angustiaba. El dolor fue superior a su llegada escuchando la afirmación de mi madre: ya eres mujer. La pubertad compartida con el desarrollo de mi hermano hizo evidente que ya no éramos lo mismo, el último juego de pelea fue como a los 13 años, perdí⁵. Mi ser niño que había demostrado continuamente su valía en los roles masculinos, se enfrentó a una imposibilidad física, era más pequeño y luego de la operación en la columna que ya mencioné, me volví frágil.

Los cambios físicos borronearon mi narrativa fantástica, como ya nada valía en mí, me hice válido en la felicidad de otros y en la gama de distinciones del colegio, fui destacado como “mejor compañero”, “mejor estudiante”, “valores cristianos”, “premio humanista”, entre otros. Un cúmulo de diplomas y medallas que en un proceso de reparación biográfica fui desprendiéndome en diferentes hitos de purgación. Busqué reparar y reordenar mi identidad de género, asumir que “ya estaba grande”. Ante la imposibilidad de hacerlo solo, fui al encuentro de un Cristo cuyo dolor me identificaba, quería ser bueno, arrancar mediante oraciones y cantos la marca satánica de un pecado que sólo Dios sabía, mi “aguijón en la carne”, debilidad que transmutó en entrega, tal como lo declaró Pablo: “me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo” (2 Corintios 12:9. RVR 1960). Dejar atrás mi anomalía y mi deseo sexual desviado fue la motivación central de mi bautismo, convertirme en una hija de Dios. Estudié arduamente la biblia y participé de forma activa a lo largo de 6 años.

Probablemente este tiempo de consagración se pudo haber acotado, pero me enamoré de una “hermana de iglesia” varios años mayor que yo, asumiendo que solo la amistad nos estaba permitida ante los ojos de Dios. La masculinidad cristiana era la fortaleza espiritual, el desposeer y sufrir el dolor

5 Actualmente sé que un buen entrenamiento es capaz de equiparar el campo de batalla, que las cuerpos son heteróneas, pero ruego que dejemos esas claridades y retomemos al niño que fui, y que no comprendía esto.

de Cristo por amor. En este intento no fui convincente para el resto de la iglesia que miraba con sospecha mi interés por ella. Situación que negué en reiteradas oportunidades, hasta que ella dejó de negárselo a sí misma. A ella fue la primera persona que pude manifestarle mi extrañeza, el sentir satánico de no ser mujer. Buscamos más información sobre este malestar así llegamos a “Ma vie en rose” película francesa del director Alain Berliner, donde se presenta de manera clara una serie de hitos infantiles que retrataban mi propia experiencia, ese día supe que era humano y lloré por largo rato el descubrimiento. Podíamos entender que había más gente como yo, pero no había duda de que era producto de la degradación del pecado sobre la humanidad. Nos quisimos mucho, pero yo no era un hombre, ante el pecado de nuestra relación, yo decidí quedarme a su lado y ella decidió quedarse al lado de Dios junto a un hombre de su edad, así nos separamos.

Sobrevivir a la propia identidad

Observo que hay una conducta depresiva a lo largo de toda mi experiencia infantil, cuestión que en la adolescencia se profundiza y en este último punto descrito se exacerba, la desilusión de este primer amor, unida al rechazo de Dios y mi propio auto-rechazo fueron la tierra árida donde se secó mi sentido de la vida. En ese último año de relación ya había tomado la decisión de comenzar una terapia psicológica, no fue fácil para mí decantar una biografía tan hermética, que sólo era capaz de exponer sus logros. Tras unos meses comencé a tomar medicamentos antidepresivos y estabilizadores de ánimo, mi diagnóstico era: trastorno obsesivo-compulsivo. La terapia fue un apoyo en mi último año de colegio y primer año de universidad en la carrera de Antropología Social de la Universidad de Chile.

En antropología pude observar la centralidad de la cultura, las fuerzas que la tensionan y su potencialidad de cambio, la diversidad cultural y la transformación sociohistórica de las formas de comprender el mundo. Con mejores herramientas para levantar información fui indagando en la transexualidad, hacia el año 2010 en las plataformas virtuales era sinónimo de travestismo y ambas eran descritas como comportamiento patológico. Apenas pude masticar un poco más el concepto le manifesté a mis terapeutas mi aproximación identitaria con estos grupos, pero tanto la psicóloga como el psiquiatra desconocían esta materia, y dieron prioridad al cese de la autoflagelación. De este último recuerdo su afirmación: tú no puedes ser transexual porque no eres pobre. Tras mi sospecha íntima de mi identidad transexual y la resistencia al cambio de sexo que en ese tiempo avistaba como la única posibilidad de ser feliz, llegué a la ideación suicida, como mi única posibilidad de descanso ante “el bucle infinito de la disforia”, esa angustia diaria, persistente y agotadora de no saber qué hacer.

Intenté suicidarme durante las vacaciones de verano del año 2011, no quise viajar con mi familia y en esos días de soledad dejé de tomar mis pastillas, tomé algo más efectivo ante mi dolor existencial, el arma de servicio de mi padre, salí de mi casa y luego volví sobre mis pasos, asumiendo que estaría peor y sería más fácil apretar ese gatillo. Después de este episodio estuve alrededor de un mes en una casa de reposo. Ante las preguntas familiares mi

explicación en breve fue que la causa era el lesbianismo. Aún no tenía palabras ni fuerza para explicarlo de otra forma, retomé la vía farmacológica para seguir viviendo.

Abreviando los años que transcurrieron en la carrera, recuerdo que mi dolor existencial se puso a disposición del movimiento estudiantil, dejé mi cuerpo en la calle, lo sometí a los gases lacrimógenos, al humo y el agua, mi pulsión de muerte, mi rabia, en gritos de protesta, en el puño alzado en pro de gratuidad y calidad en la educación. Esta unión social esperanzada me dio más años de vida, experiencias, encuentros que me acercaron a un lugar más habitable, mi origen, el feminismo, desde aquí aprendí a hablar de mí con cariño.

El paso de la sobrevivencia a la vida fue la teoría feminista, mi encuentro con la Antropología del Género el año 2012 ¿qué me permitió? Comprenderme fuera de los sentidos patológicos, discursos de mi carencia y la necesidad vital de la adecuación corporal como única vía posible. Tal como expuse en la introducción mi memoria de grado se tituló “Transexualidad Masculina: vivencias de la disforia de género”, investigación donde indagué en las biografías de transexuales masculinos que pasaban por la vía médico legal y quienes decidieron no hacerlo, proceso y búsqueda que se extendió desde el año 2013 al 2017. Un año particularmente clave a lo largo de esta investigación fue el 2015 cuando la infancia trans comienza a ser visibilizada, esto ocurre entre otras cosas gracias al caso mediático de Andy niña trans de 5 años cuya identidad de género no fue aceptada en un colegio privado de Santiago, desmitificando la idea de que la transexualidad sólo se da en clases empobrecidas. Esta apertura puso en escena a las instituciones normativas. Se expone a la familia, madres y padres describiendo la identificación de la disforia infantil, las dificultades de su aceptación, los problemas que emergieron, y cómo fueron acompañando este proceso, en pro del bienestar de sus hijos.

Alrededor de ese mismo año se estrena el documental “Niños rosados y Niñas azules” que recogía el testimonio de niños y adolescentes trans en Chile. La primera vez que lo vi fue en la Facultad de Ciencias Sociales de la universidad, un auditorio repleto. En este documental pude observar claramente a mi niño, a ese ser pequeño que alguna vez fuera, soñándose hombre, narrando su gramática fantástica determinando su sexo, citando palabra a palabra el cuerpo estereotipado de la masculinidad. Volví a mi casa llorando, asumiendo que mi tiempo de ser niño se había acabado, y con él la posibilidad de ser un hombre, porque hacer la transición desde la infancia sería socialmente aceptado ¿pero yo? ¿por qué no lo manifesté antes? Sería increpado, juzgado, puesto en duda. Pensé que yo no era valiente como los niños del documenta.

Aparte de las personas que acompañaron mi proceso de tesis aceptando un par de encuentros para realizar entrevistas en profundidad, la única persona trans que conocía en ese tiempo fue la poeta y estudiante de pedagogía Mara Rita, que había comenzado su adecuación sexual alrededor de un año antes de que nos conociéramos. Tras varios años de luchar en la calle por mejoras en la educación, decidí tomar acciones más concretas y seguir una carrera pedagógica, sentir compartido con Mara Rita que nos unió en un lazo de breve amistad, ella murió el año 2016 tras una aneurisma cerebral. Esa noche cuando

me enteré de su fallecimiento pude manifestar por primera vez mi transexualidad* escribiendo en una red social:

No sé si es vida la vida de un trans, debería existir otra palabra, ni mejor ni más terrible, sólo otra. Porque caminamos este mundo siendo otrxs, falseados en nuestrxs nombres, en nuestros sexos, obligadxs a vestir y a jugar como lxs que nacen en la única vida permitida.

Nacer es un acto de valentía que borra su marca en el recuerdo, lxs trans nos autofecundamos, pujamos y gritamos nuestro propio parto, nos amamantamos desde el dolor y la rabia, desde el fuego de ser nosotrxs mismxs, secamos nuestras lágrimas, nos arrullamos, nos cantamos, nos hacemos dormir y en nuestro sueño seguimos naciendo, porque un trans jamás deja de nacer, es un acto continuo de valentía. Por eso lxs trans no podemos olvidar...

Gracias Mara por tu enorme valentía, gracias por demostrarnos que se pueden traspasar las estrechas fronteras de lo permitido con tu ejemplo épico de libertad, gracias por cantar muy alto con coreografía y espectáculo, con poesía, con activismo y con todo! Esa canción que muchas veces nuestra voz entrecortada no ha logrado cantar... Sé que le habrías enseñado mucho más que lenguaje a tus estudiantes, y eso me lleva a llorar aún más tu partida, me da pena el mundo que no te conoció. Es una promesa que mis estudiantes tendrán un verso trans en su memoria.

¡Si no es vida la vida de un trans, sepa el mundo que no es muerte la muerte de un trans!

No nos interesa que se escuche bonito, canta fuerte Mara!

En la escritura de la tesis y en el activismo trans que se fue desencadenando en esa búsqueda me di cuenta que ser valiente y narrar la propia historia era un acto de rebeldía, alzar la voz como sobreviviente permitiría que otros como yo pudieran seguir viviendo. Este activismo abrió todo un campo de personas diversas de las que fui aprendiendo y encontrándome, aceptando y amando al ser que soy.

Actualmente me reconozco como transexual masculino* parte de mi activismo es ser un referente de otras posibilidades de habitar la transexualidad, visibilizando que la vía médico-legal si bien es una opción legítima, no es la única opción que tenemos. Mi vulva, senos, menstruación no me hace menos hombre. Claramente no soy el hombre que expone la heteronorma, pero esta es una condición que comparto con muchos hombres biológicos, me reconozco principalmente con quienes están en situación de discapacidad física o la neurodiversidad, población que hasta la actualidad son considerados una patología. Que estemos en una sociedad que no aguanta la diversidad, que la invisibiliza, segrega, violenta y mata, no es culpa de nuestras cuerpos ¿por qué nos tendríamos que adaptar? Siento un amor profundo por quienes habitamos la marginación como un espacio de resistencia, lugar desde donde luchamos y gozamos nuestras múltiples formas de habitar la vida.

Me identifico con una transexualidad masculina* que tiene como el telón de

fondo un sistema patriarcal que configura una masculinidad dominante y perversa: heteronormada, clasista, adultocéntrica, colonial, capacitista, entre otras. Cuestión que me obliga a mantener una actitud crítica ante conceptos como “masculinidad” o la identificación como “hombre” ¿qué masculinidad represento? ¿qué hombre soy? Este proceso de identificación ha implicado un largo proceso de tensión y crítica sobre mis referentes de esa masculinidad, en esto advierto que en ese intento infantil por penetrar un campo prohibido ejercitando ser “más hombre que los hombres” introyecté una serie de dimensiones patriarcales que sólo los lentes del feminismo me han permitido observar, y siendo acompañado por quienes buscamos construir una sociedad más justa he ido tejiendo otra-masculinidad, otro-hombre, un hombre transexual*.

A modo de corolario

En esta narrativa fragmentada he dado un breve lugar a ciertos hitos que espero poder profundizar en otra oportunidad, entre ellos el diálogo de diferentes masculinidades que van configurando las posibilidades de identificación: la primera socialización de la heteronorma y los referentes familiares; la masculinidad cristiana cuya fuerza y honor se depositan en la entrega y sumisión, debilidad donde se perfecciona el poder divino; y la masculinidad crítica, donde existe un intento consciente de abstraerse de la gramática binaria de la monarquía sexual, o de dominación masculina, donde por lo demás, no hay cabida para el cuerpo transexual*. En cada etapa la sexualidad dialoga con las posibilidades de identificación, el deseo y la vida, la vergüenza y la culpa; castigos físicos, morales y espirituales que componen las normas de un juego hostil, que pone en jaque el reconocimiento humano, la posibilidad de tener un lugar en el mundo terrenal y espiritual, dotando de sentido la vida. El feminismo, específicamente el transfeminismo o las teorías de la desmantelación del género, dan lugar a la reescritura de estas normas, denunciando la violencia del sistema sexo-género binario, que hasta la actualidad nos niega la posibilidad de hablarnos en un lenguaje que haga posible nuestra representación, que dé cuenta de la diversidad de posibles identificaciones de lo humano.

Sobre este último punto, quiero subrayar que la identificación no es un proceso lineal, carente de tensiones, muy por el contrario, compone una serie de prácticas citacionales situadas en un contexto sociohistórico y en circunstancias biográficas determinadas, que pueden cambiar a lo largo de la experiencia vital. Retomando la propuesta del concepto de transexualidad* quiero precisar en estas últimas líneas que, aunque me parezca del todo importante destacar la experiencia infantil abyecta que parte de la población trans* vivencia, esta característica no es universal, ni pone en valor las narrativas biográficas de les trans*, ni pretende favorecer discursos que argumenten una “identidad verdadera” originaria. Algo que espero haya dado cuenta mi relato.

Culmino este escrito afirmando que es urgente un enfoque de derecho que dé cuenta de nuestra diversidad desde una edad temprana; hoy en Chile hay movimientos que luchan por una educación no sexista que incluya una

educación sexual integral, y una ley de identidad de género que reconozca a la infancia trans. Responder a la diversidad es dar cuerpo y vida a los Derechos Humanos que hoy son un eco molesto para quienes nos consideran personas de segunda categoría, o nos declaran directamente anormales. Eco que retumba desde tiempos dictatoriales admitiendo legítima la deshumanización y la muerte según el contexto, los derechos como variable dependiente de la clase, raza, etnia, edad, diversidad sexual y de género, situación de discapacidad, entre otras. Expandir la sociedad hacia quienes hemos estado históricamente al margen sigue implicando una lucha, que requiere cuerpo, unión y activismo desde diferentes frentes “hasta que la dignidad se haga costumbre”.

Bibliografía

CHARPENTIER, P.; ABOIRON, H. **Classification internationale des handicaps**. Encycl Méd Chir (Editions Scientifiques et Médicales Elsevier SAS, Paris, tous droits réservés), Kinésithérapie-Médecine physique-Réadaptation, 2000.

GUERRERO MC MANUS, S.; MUÑOZ, L. Epistemologías transfeministas e identidad de género en la infancia: del esencialismo al sujeto del saber. **Revista Interdisciplinaria de Estudios de Género de El Colegio de México**, v. 4, e168, 2018.

FOUCAULT, M. **La Historia de la sexualidad I: La voluntad de saber**. Madrid: Siglo XXI, 1987.

KANCLER, T. Corpo-política, imaginarios trans* y decolonialidad. conferencia “Decolonizing Transgender in North» (Decolonizando el Transgénero en el Norte), **4º Simposio de Estudios Transgenero Nórdicos**, Centro de Estudios de Género – CGF Universidad Karlstad, Suecia, 11-13, octubre, 2016. Disponible en <<http://desde-elmargen.net/corpo-politica-imaginarios-trans-decolonialidad/>>. Acceso en 24/08/2021.

RODRÍGUEZ, R. **Transexualidad Masculina: vivencias de la disforia de género**. Memoria de título para optar al grado de Antropología Social. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago, 2017.

Recebido em 02 de janeiro de 2021.

Aceito em 03 de maio de 2021.

Romi Rodriguez Merinok

